

La infancia de un héroe

Escribe: HUGO RUIZ

En el principio fueron las hormigas. La primera vez que pudo observarlas con un horror minucioso aunque breve, permaneció varios días obnubilado por el terror. Superada la crisis, regresó al hormiguero en procura de una sensación parecida, pero ésta no se repitió. Pudo, pues, prolongar su asombro, desprecio y miedo ante el agujero por el cual las veía salir y entrar en zigzagueantes pero ordenadas procesiones, transportando livianas hojas. La impunidad de su mirada le reveló su superioridad física. Intentó entonces la indiferencia, pero en las noches el recuerdo —también la nostalgia— de sus verticales caminatas por las carcomidas vigas de la antañona y señorial estancia donde distraía sus días de infante, lo ahogaba de ira y llanto. Se sentía, no obstante, incapaz de atentar contra aquellos seres minúsculos en cuya infatigable laboriosidad intuía las bases de una supremacía misteriosa. Un día halló, al azar, mientras paseaba por el terrado, un negro y asaz confuso tropel esforzándose en el de por sí esforzado desmenuzamiento del cadáver de una cucaracha. Casi vomitó. Este hecho marca el comienzo de su concientización. Rumió, en su lecho de inocencia, un matemático rencor. Días después, confió en haberlo olvidado. Pero cuando, una tarde, volvió a verlas, se tendió en el césped y se arrobó en una embelesada observación que le deparó recónditos deleites. Los días del temor habían quedado atrás. Mientras la hormigueante ringlera proseguía ajena a él su faena inmemorial, pensaba. Fue inevitable la forma en que mató la primera. Había tomado, al desgaire, una ramita tirada a su lado y la alzó en repetidas oportunidades sin acabar de decidirse. Golpeó el suelo, rasgó el aire, siempre en sus ojos el fiero laborar de las hormigas. De súbito, su vista tropezó con el lugar

donde una de las pequeñas obreras marchaba algo aislada de la formación. Hasta ahora sólo habían existido como grupo, pero aquella hormiga singular cobró vida y personalidad propias, lo retaba, airadamente, podría afirmarse que incluso lo estaba mirando, burlona. Tal insolencia resultaba intolerable. La hormiga continuaba su insistente e insular marcha —su arrogante desafío— y otra vez el espanto de la cobardía vibró en su cuerpo. La vara cayó rudamente, pero la hormiga no murió; medio destruída, intentaba luchar, proseguir. Tuvo que golpear otra vez, y aún una tercera, hasta que el diminuto cuerpo se repartió entre la blandura de la tierra y la aspereza de la ramita. Cuando regresó a la estancia, vagaba entre la satisfacción y la vergüenza.

—“Bien —tranquilizó su mente infantil— maté una hormiga. No es más que un bicho dañino”. Pero lo insoportable estribaba en que no hubiera muerto de una vez. También esto podía, en cierta forma, ser considerado como un reto.

Abandonó por algunos días los potreros donde podía encontrarlas. No salió de la estancia. Finalmente, arrastrado por un impulso para él incomprensible y que, por lo demás, no intentó despejar, regresó al lugar. Descendían en fila por la anchurosa corteza de una descascarada ceiba. Buscó —¿involuntariamente?— una varita semejante a la anterior, y cuando la halló pudo de nuevo extasiarse en la contemplación de su trabajo (el de las hormigas). El recuerdo de la hormiga muerta surgió. Tal vez en ningún momento dejó de comparecer, pero ahora cada una de las hormigas se le antojaba idéntica a la masacrada. ¿Cómo saber si cualquiera de ellas, en el momento menos esperado, podría apartarse de la ordenada columna y convertirse por este solo hecho en algo independiente, definido y aún trascendente? Iluminados los ojos por un oscuro brillo, se desató. El hormigicidio resultó implacable. Golpeaba con todas sus fuerzas, aquí y allá, acullá, ahora de pie, ahora acostado, empinado, girando a saltos en torno del grueso tronco. Aprendió también a pisar, aplastar, remover la suela del zapato, perseguir. Las hormigas huían desordenadamente de aquel poder monumental y mucho más doloroso por desconocido. Se precipitaban en todas las direcciones, caían, tropezaban, creyó oírlas gemir, implorar. El proseguía. Buscaba afanosamente y al avistar a alguna en su ciega carrera no cejaba hasta el fin. Piadosamente remataba a las tan solo heridas. Entonces, en el apogeo de su victoria, ocurrió algo: una hormiga —tres golpes en su contra habían fra-

casado, tan convulsionada era su fuga— saltó y cayó en su mano. Lanzó un grito, arrojó la vara, corrió. Cuando llegó a la estancia, para lavarse las manos, estaba llorando. Su llanto obedecía a la poderosa impresión que el cosquilleo de la hormiga al caminar sobre su piel le produjera. Pero también al hecho, insólito y algo humillante, de que —lo sabía— fueron muchas las que lograron escapar ilesas.

Desde esa tarde ensañó sus ataques. Para ultimar a las que ascendían fuera de su alcance se procuró una butaca. La ceiba, para su desgracia, era demasiado alta. Pensó en trepar también al corpulento árbol, una escalera, algo que viniera a facilitarle su agobiadora pero fascinante labor. Tras varios días de encarnizados combates —él los llamaba así— sintió decaer su ánimo, su acometividad. Siempre, al día siguiente, encontraba innumerables hormigas tanto en la corteza de la añosa ceiba como en los demás árboles y en múltiples e insospechados sitios. Sus vastas operaciones le confirmaron la evidencia de su fracaso. Derrota mucho más notable por cuanto ni siquiera podía precisar el número de las ya liquidadas. Era algo de urgente resolución, pero convenía meditar. Regresó a la estancia, desconcertado. En el camino aplastó una o dos hormigas dispersas que localizó fácilmente, pues caminaba invariablemente con la vista gacha, lo perenne de su búsqueda formalizada por la costumbre. Pero aquellas eran muertes aisladas. No añadían nada a su misión redentora. El insomnio lo acosó, aunque le fue útil. En sus trasnochadas vigiliadas, logró urdir complicados planes cada vez más sutiles y refinados. A lo largo del día, exploraba. La varita era ahora un arma despreciable, por rústica, pero continuó valiéndose de ella por el valor atávico que llegó a conferirle.

Una semana después, ultimados los preparativos, localizados los principales hormigueros, salió rebotante de entusiasmo a los potreros. Vio trepar por un matarratón tres robustas hormigas. Sonrió al perdonarlas. Dispuso todo, ordenó detalles, distribuyó pertrechos. Por último, atacó.

No se fatigaba con golpes individuales de la varita. Por medio de un grueso cepillo podía hacer caer toda una larga formación al suelo, donde sus botas daban buena cuenta de la estampida. Grandes baldados de agua hirviendo le sirvieron para anegar los hormigueros. Voluminosos arrumes de papel hacían subir las llamas por las diferentes cortezas de los árboles. En

ocasiones tendía un largo madero para aprisionar el mayor número posible de fugitivas, marchaba con él hacia la orilla del arroyo que atravesaba la hacienda y lo arrojaba al agua con su odiosa carga de enemigas. Pues esto eran, enemigas declaradas e irreconciliables desde el día en que una de ellas lograra infundirle tal pánico que aún no podía controlar un estremecimiento al recordarla. Dio también en colocar espaciosos sacos en los lugares escogidos para las redadas, que eran luego cerrados y atados para ir a parar a la hoguera, en un sitio meticulosamente elegido y del cual el pasto había ya desaparecido. Aprendió a reconocerlas por su color y su tamaño, establecer diferencias, prioridades, fijarles nombres, dividir las por tribus, atraerlas a las trampas que les tendía: el cadáver de una cucaracha muerta para tal fin por él mismo, una bolsa de azúcar sabiamente esparcida, luego el fuego, la furia de los zapatos, el cepillo rastillando las cortezas, de vez en cuando la varita, el arroyo. Cada noche tejía novedosas modalidades. Aprendió, para consolar sus imaginativos desvelos, a llevar algunas prisioneras a la aleve intimidad de su alcoba y verlas morir ahogadas, poco a poco, en un platón o en el lavamanos al cual las arrojaba después de enjabonar sus blancas paredes para empezar de inmediato a empujarlas hacia el sifón abriendo todo el chorro, que dirigía al lugar adecuado haciendo presión con los dedos. Pronto también estos recursos le parecieron insuficientes. Construyó un gigantesco barco que llenó de hormigas —capturadas mañosamente a través de ingeniosos ardides— y lo lanzó a la deriva en la anchurosa y repleta alberca del patio. No se retiró de allí hasta cuando el barco se fue a pique por efecto del meticuloso bombardeo a que lo sometió, y durante este tiempo observó complacido la forma en que, lentamente, la poderosa embarcación naufragaba, mientras las hormigas se debatían por la cubierta, el castillo de proa, y alocadamente intentaban resguardarse escalando los mástiles y vergas, corriendo furiosa y enceguecidamente por las gavias, jarcias, velas, masteleros y obenques para detenerse asombradas ante el vacío sitial del vigía, al cual sólo unas pocas lograron llegar, mientras el agua continuaba anegando todo.

No escatimó ningún horror que su infantil imaginación le deparara. En una ocasión encontró una hormiga notoriamente más grande que las conocidas hasta entonces. La vio en el ardor de una descomunal batalla y de inmediato decidió que era nece-

sario capturarla viva. Se proveyó de una bolsa de papel y auxiliado por la ancilar varita, sin causarle daño, logró su cometido. Tornó a la saña del combate, y cuando éste hubo concluído tomó la bolsa en cuyo interior imaginaba la confusión y soledad de la gran hormiga y esperó a que llegara la noche. Tenía ultimado un plan hasta en las más triviales insignificancias. Buscó, y encontró, una fina y alta vara. Se procuró igualmente el indispensable hilo. Tras repetidos esfuerzos y enconados fracasos, consiguió apresar a la hormiga en el nudo corredizo que había preparado con el delgado cordel. Entonces le resultó fácil atarla al extremo superior de la pulida rama. El resto fue sólo el trabajo de afianzar la vara en forma segura al montículo de tierra húmeda que para tal fin se había agenciado y disponer adecuadamente los viejos trapos impregnados de gasolina en la base de la pira, para ver luego el voraz ascenso del fuego hacia la altura en que la hormiga permanecía atada, agitando convulsamente la cabeza y las extremidades. Lo dolió no poder observar, entre el crepitar de las llamas y la oscura intensidad del humo, la agonía de la hormiga.

La pólvora también le fue de utilidad. Prácticamente agotó sus posibilidades con este material. Como experimentaba un remoto fastidio al contemplar, después de cada combate, los innumerables cadáveres, se dio a la tarea de erigir los hornos crematorios. Esto no le impidió construir igualmente un cementerio. Delimitó con altas paredes de barro sus fronteras, cavó las fosas y hasta colocó las minúsculas cruces que debió fabricar para culminar felizmente su obra. Se sintió inundado de un sano amor humanitario al realizar tan loable acción. Pero la sensación de fracaso no dejaba de importunarlo, pese a que hacía cuentas y calculaba en cifras astronómicas el total de hormigas muertas. Tan abrumador hecho no parecía inquietarlas, pues al día siguiente de una batalla particularmente exitosa las hormigas descendían de nuevo por las cortezas o acudían a las mortales acechanzas que les tendía y que se perfeccionaban día a día con una habilidad y destreza imposibles de imaginar en un niño que no fuera, ciertamente, superdotado. Por cada hormiga que moría parecían nacer veinte más, pensó, inventando de paso un anacronismo inmemorial. Esta contrariedad lo entristecía. Estuvo a punto de abandonar la lucha y declararse vencido, pero su odio había llegado a ser demasiado grande y poderoso, lo dominaba. Las hormigas, se dijo, no pueden ser tantas como para

que resulte imposible acabar con ellas. Y entonces, en un momento de genial lucidez, comprendió la vastedad de su error: él solo, por satisfactoria que fuera su tarea y a pesar de la eficacia de sus planes y de las modernas armas y torturas utilizadas, no podría nunca exterminarlas. El sistema adoptado había sido vanidoso y desacertado, por individualista. Se imponía un cambio radical en su metodología. En la misma hacienda, y en las vecinas, vivían otros niños que él había visto respectivamente en los potreros o en el pueblo cuando lo llevaban a misa los domingos. Debía convertirlos en sus aliados, inculcarles el mismo intenso odio y temor hacia las hormigas, convencerlos de su peligrosidad, valerse de sus fuerzas y habilidades para continuar siendo el jefe indiscutido gracias a la experiencia conseguida a lo largo de esas agónicas semanas. Sin contar para nada la inteligencia y astucia que suponía haber llegado a tan rotunda conclusión. Sí, formaría un gran ejército que asolaría toda la finca inicialmente y borraría de la tierra después la ignominiosa plaga de aquellos animales aburridamente perseverantes y tediosamente numerosos. Sonriendo, poseedor del secreto que haría realidad su ambición más cara, se encaminó a la estancia imaginando el uniforme de su invencible ejército, dividido y subdividido al infinito en batallones, regimientos, divisiones, compañías, guarniciones y pelotones, los destacamentos de artillería, infantería, caballería, y el poderoso respaldo de la aviación y la marina. Pero también lo mortífero de los armamentos por descubrir, los venenos, las bombas, los campos de concentración e incluso —soñó— la posibilidad no tan descabellada de encontrar la fórmula para que las mismas hormigas se acabaran entre sí, tornarlas enemigas, azuzarlas, quebrar toda su ancestral organización, fomentar el espionaje hormiguero, el contraespionaje, utilizar bandadas de osos hormigueros, alimentar exclusivamente a base de tan testarudas criaturas a patos, gallinas, sapos, culebras, todas las especies aptas de aprovecharse para tal fin, y a las cuales también les llegaría su turno, hasta que, finalmente, no quedara una sola hormiga sobre el mundo.

Esa noche, por fin, pudo dormir tranquilo y confiado.